

Col·lecció «Humanitats»
e-Humanitats, 2

EL ANÁLISIS DE LA IMAGEN FOTOGRAFICA

RAFAEL LÓPEZ LITA
JAVIER MARZAL FELICI
FCO. JAVIER GÓMEZ TARÍN
(EDITORES)



LA MOTO DIGITAL

VICENTE LLORENS CASANI

IES La Marxadella, Torrente

TODO DIGITAL (***DIGIT-ALL***)

El término digital se ha convertido hoy en día en una palabra mágica, en el ábrete sésamo de cualquier componente o proceso tecnológico con ínfulas de grandeza. Es sinónimo de calidad, precisión, fiabilidad y principalmente de modernidad, de lo último, sobre todo en aquellas aplicaciones que tradicionalmente se habían solucionado mediante técnicas analógicas, y entrecomillo lo de analógicas porque se suele utilizar como lo antagonico de lo digital, y todo aquello que no es digital debería ser analógico. O por lo menos eso es lo que parece ser.

Efectivamente, las virtudes de la tecnología digital están fuera de toda duda. Nadie puede negar que ha supuesto una verdadera revolución técnica para aquellas cuestiones que en el entorno tradicional eran lentas, imprecisas y difíciles de realizar, cuando no imposibles de llevar a cabo.

Pero como en casi todos los casos de éxito siempre aparecen quienes aprovechan el tirón para sumarse al prestigio de una idea o concepto sin cumplir el más mínimo precepto exigible para ello. O lo que es lo mismo, nos podemos encontrar con elementos tecnológicos con la etiqueta de digitales cuyo cometido o función, o su propia naturaleza de funcionamiento nunca podrán ser calificadas de digitales, y sin embargo el fabricante y la publicidad nos lo van a presentar con ese calificativo y sin dar demasiadas explicaciones del porqué de su condición numérica.

El problema reside en que este tipo de productos nos crean dudas acerca de su condición digital y en ocasiones, más de las deseadas, no tenemos criterio suficiente para saber si realmente se trata de un reclamo de vendedor o realmente hay algo de cierto en lo que se nos pretende vender.

Desde termómetros hasta frigoríficos con la coletilla de digital podremos encontrar en el atractivo catálogo de los grandes almacenes o de tiendas especializadas. Lo que hace algún tiempo asomaba al mercado bajo

la forma de relojes o calculadoras, ha ido hinchando pecho hasta apoderarse prácticamente de cualquier elemento de consumo cotidiano.

En nuestro entorno profesional de la actividad audiovisual la implantación quizás ha tardado un poco más, y los sistemas tradicionales han resistido con solidez el avance digital, no obstante cuando la fotografía digital ha asentado el primer pié en el mundo profesional, el avance ha sido rápido y la evolución de la fotografía digital imparabile y sorprendente.

Hace no demasiados años, las cámaras fotográficas de rolo y de placas no parecían tener mucha competencia en el campo profesional con la aparición incipiente de aparatos digitales destinados a la toma de imágenes fijas. En todo caso se veían como una curiosidad que venía de la mano del mundo de vídeo, y uno aún recuerda en alguna *Photokina* aparatos de *still-vídeo* muy diluidos entre los sistemas y aparatos fotográficos tradicionales que no pasaban de llamar nuestra atención por lo novedoso, pero que parecían inviables para el mundo profesional que parecía tener los pies bien asentados no solo en el campo profesional sino también en el doméstico. Los argumentos que se esgrimían para desestimar estos sistemas se fundamentaban en la poca resolución que ofrecían sus sensores de imagen o en la supremacía que presentaba la imagen de plata y colorante que estaban muy por encima de las pobres impresiones obtenidas a partir de archivos digitales que eran producto de la descomposición de la imagen en una ridícula cantidad de muestras que no llegaban a engañar el sentido de la vista con la misma eficacia que lo hacían los círculos de confusión de la imagen fotográfica tradicional.

Sin embargo, hoy sabemos que aquellos balbuceos fueron tan solo el inicio. La industria y la ingeniería electrónica sabían que aquello iba a evolucionar a pasos de gigante: los kilos pronto serían megas, y poco tardarían en ser gigas y aún nos quedan los teras y los petas en la recámara para asumir el hoy inimaginable pero previsible desarrollo y crecimiento exponencial de la tecnología digital.

VÍCTIMAS ANALÓGICAS

La primera víctima de la fotografía digital ha sido la fotografía tradicional en el segmento doméstico y de consumo. Ciertamente es que aún quedan reductos de resistencia numantina bajo la forma de puristas y fundamentalistas atrincherados contra el furioso ataque de los ceros y los unos que no encuentran obstáculos eficientes que los detengan.

El éxito ha sido fulminante y ha trascendido al campo de la fotografía profesional en cualquiera de sus modalidades, en los que la principal resistencia no era tanto el purismo por utilizar los medios nobles de la imagen de plata, sino el factor económico debido al elevado precio de los primeros equipos aptos para la actividad profesional. Esta última batalla que le quedaba por ganar a la fotografía digital era cuestión de tiempo para que cámaras, respaldos y periféricos fueran limando sus diferencias con la fotografía tradicional. Una vez superado este escollo, los fotógrafos tradicionales han comenzado a gozar de las indudables ventajas que ofrece la fotografía digital: inmediatez, ausencia de revelados, posibilidad casi ilimitada de manipulación, transmisión en tiempo real a grandes distancias y dimensiones de almacenamiento casi ridículas con respecto a los archivos tradicionales.

Todo esto se ha visto acompañado por el desarrollo en paralelo de la industria auxiliar de la fotografía, principalmente en laboratorios y en los talleres de artes gráficas, eliminando con ello el problema que podría suponer para el fotógrafo la obtención de copias de calidad o los materiales destinados a la cuatricromía.

Todo este vuelco tecnológico ha sucedido en un periodo de tiempo tan corto como nunca ocurrió en la evolución e implantación de otros desarrollos tecnológicos de nuestro tiempo: los avances para pasar de la TV en blanco y negro a la TV en color o la evolución de los motores de explosión en los automóviles, por poner algún ejemplo, han tenido un periodo de maduración e implantación mucho mayor que el que han necesitado las tecnologías digitales aplicadas al entorno audiovisual.

PROBLEMAS DE ADAPTACIÓN

El desarrollo ha sido tan rápido que ha ocasionado un problema de adaptación tanto a los usuarios como a los comerciantes en el ámbito de la fotografía. Se nos ha venido encima una cantidad de productos y prestaciones operativas a una velocidad superior a la capacidad media de asimilación y aprendizaje, con el inconveniente añadido de que este desarrollo tecnológico digital aún no ha tocado fondo, y los conceptos que se tenían adquiridos tras una larga experiencia en el campo de la fotografía tradicional, tienen que ser sustituidos por los nuevos conceptos que nos permitan comprender la fotografía digital, sin que se tenga el tiempo suficiente para que éstos queden sólidamente asentados, puesto que lo nuevo de hoy, ya no lo es tanto pasado mañana.

Abandonamos la experiencia de un producto o sistema sin llegar a dominarlo porque no hay tiempo suficiente para ello, y hay que incorporarse al siguiente sin haber adquirido los conocimientos suficientes para dar el siguiente paso, y esta dinámica cognitiva propicia que en más ocasiones de las que desearíamos, creemos progresar adecuadamente cuando en realidad avanzamos a trompicones y siempre a costa de mantener dudas y ausencia de criterio, en ocasiones angustiosamente, que no llegamos a despejar y que sin duda supone un importante freno a la hora de asimilar lo nuevo que nos aborda rápidamente.

Lo más angustioso de esta situación es que difícilmente encontramos información específica que nos ayude a solucionar nuestras dudas y que nos ofrezca los criterios claros que necesitamos, tanto en el terreno editorial como en el entorno de nuestras relaciones personales. Al final siempre descubrimos que nuestras carencias son muy parecidas a las de los demás.

Con este panorama como fondo, la publicidad y los intereses comerciales pueden sacar un buen partido a la hora de ofrecernos productos, prestaciones y servicios dentro del entorno digital contando, no con el desconocimiento integral, pero sí con la confusión de ideas y la pérdida de una perspectiva objetiva de aquello que hasta hace bien poco era claro y diáfano a la hora de analizar un producto y adquirir una opinión crítica sobre el mismo.

Los criterios estaban bastante claros cuando nos las teníamos que ver con la fotografía tradicional, la de la imagen latente y del cloro-bromuro. No aparecían muchas dudas a la hora de elegir una óptica para nuestra cámara, ni para elegir una u otra emulsión en función de sus características para realizar un trabajo determinado.

Podemos decir que, en mayor o menor medida, se conocían los principios básicos y el entorno técnico para decidir lo que queríamos conseguir, cuyo resultado podía ser más o menos acertado en su resolución final, pero siempre con una directriz bastante clara y fundamentada en el conocimiento técnico bien asentado. No me cabe la menor duda de que este conocimiento y esta claridad de ideas eran la consecuencia de un periodo de aprendizaje lo suficientemente reposado que permitiera consolidar criterios y adquirir seguridad a la hora de utilizarlos. Al fin y al cabo los avances y las mejoras de los productos siempre se asentaban sobre experiencias anteriores y se nos daban como una evolución lógica de lo ya conocido y ampliamente experimentado, con lo que la incorporación de lo novedoso a nuestro acervo de conocimiento se producía de manera casi natural y sin sobresaltos desestabilizadores. Todo aquello que conocíamos con anterioridad seguía teniendo vigencia con la incorporación de las novedades, seguíamos teniendo una perspectiva bastante completa del panorama y entorno en el que nos desenvolvíamos.

Esta circunstancia posibilitaba la aplicación de la manida frase: «La técnica está para olvidarse de ella», tan mal interpretada en ocasiones, y que bien entendida debería leerse como: la técnica la tenemos tan bien asumida que no constituye un freno para desarrollar el potencial creativo. Justamente el día en que estoy escribiendo estas líneas, la noticia más relevante es la del fallecimiento del fotógrafo Henry Cartier-Bresson, quizás el exponente más claro de lo expuesto en el párrafo anterior. Alguien en el que toda su energía se concentraba en la creación, pero no por ello exento de una impecable técnica, que con toda seguridad dominaba y aplicaba de modo automático en sus fotografías tal y como se puede deducir de sus obras.

EL PROTAGONISMO ES ELECTRÓNICO, PERO NO TANTO

La llegada de la fotografía digital ha cambiado sustancialmente el panorama tecnológico y consecuentemente la poética en la creación fotográfica. Vaya por delante la bienvenida a la fotografía digital y a su entorno tecnológico, y no se confunda esta comunicación como un rechazo a esta nueva forma de alcanzar los mismos objetivos conseguidos con los medios tradicionales, a lo que además debemos añadir toda una serie de ventajas que no creo necesario enumerar por conocidas y valoradas tanto en el ámbito doméstico como en el profesional.

Sin embargo, no perdemos de vista que los cambios sustanciales se han producido en el terreno técnico, y es precisamente en este entorno en donde se producen los desajustes de conocimiento que suelen llevar a la confusión y a la falta de criterio o de criterio equivocado.

Esta circunstancia de confusión es especialmente notable en el aprendizaje de la fotografía especialmente en quienes parten de cero en esta especialidad.

A los procesos y principios físicos que rigen la fotografía tradicional se les han unido una serie de procedimientos de origen y desarrollo electrónico, extremadamente complejos y difíciles de asimilar si no se tiene una sólida formación en este campo. Tanto es así, que la parte electrónica parece ocultar el aspecto físico y óptico tradicional que aún sigue presente a la hora de tomar una imagen con una cámara digital.

Este protagonismo de la parte electrónica se pone de manifiesto si hacemos un repaso a las marcas de los fabricantes de cámaras digitales del mercado. Empresas y fabricantes que nunca han tenido ninguna relación con el mundo de la fotografía tradicional han lanzado al mercado sus productos fotográficos amparados por una experiencia y tradición en el mundo de la electrónica. No es infrecuente encontrar cámaras fotográficas del mismo fabricante que un frigorífico o un aparato de aire acondicionado. Un detalle importante en este sentido es que aquellos fabricantes de cámaras digitales que han querido ser competitivos

cualitativamente con las marcas tradicionales han requerido la colaboración de empresas de óptica, de las de toda la vida, para poder dotar a sus productos de un elemento no digital que al final resulta ser el que marca diferencias. Quienes por cuestión de economía no lo han hecho saben que quedan en segmentos de inferior calidad, y desde luego fuera de toda pretensión profesional e incluso de aficionado avanzado.

Al final resulta ser que la parte electrónica a la que se le supone tanto protagonismo no parece ser tan definitiva como podríamos pensar en principio a la vista de la gran cantidad de fabricantes de cámaras digitales. Ello nos hace pensar que se trata de una electrónica de gran consumo y fácilmente accesible, además a precios tales, que permiten ofrecer productos acabados francamente baratos, siempre y cuando no busquemos una buena calidad de imagen.

EL NUEVO FOTÓGRAFO

Acceder al mundo de la fotografía digital no precisa, aparentemente, de un conocimiento tradicional de los procesos ópticos, físicos y químicos implícitos en la formación, captura y obtención de imágenes fotográficas. Casi basta con interpretar el manual de instrucciones y tener una cierta predisposición para moverse con soltura entre *displays*, pantallas, menús y programas para conseguir unas tomas más que correctas, y si no fuera así no importa, puesto que la posibilidad de realizar tantas tomas como se quiera y la inmediatez de los resultados es tan asequible que para nada importa reflexionar sobre las circunstancias específicas de cada toma. Por no hablar de los procesos posteriores a la obtención del negativo: la magia del cuarto oscuro, el misterio de la luz inactínica o el milagro de la aparición de la imagen de plata en la copia.

Pero todas estas carencias es probable que no tengan demasiada importancia a la hora de obtener resultados, puesto que la tecnología digital se ocupa de todo, de calcular exposiciones correctamente, de enfocar con rapidez y precisión y de ofrecernos resultados instantáneamente, así

como de darnos una gran cantidad de información de las condiciones en que ha sido realizada cada toma. Y todo ello almacenado en un espacio tan diminuto que apenas si somos conscientes de su existencia.

¡No es posible resistirse a la fascinación del sistema! Necesariamente tenemos que caer rendidos ante tanta precisión y facultades de algo que en el fondo desconocemos en gran medida, pero que nos es fiel y que raramente va a dejarnos en la estacada.

La impresión que se deriva de esta fascinación es que tenemos una herramienta totalmente nueva, y que todos aquellos principios fundamentales no tienen mucho que decir en la nueva era de la fotografía digital, y en consecuencia todo aquello que la rodea debería estar en función de la tecnología digital y que todo elemento o accesorio debería estar pensado y diseñado con la finalidad de poder colgarle la etiqueta digital, y sin la cual no podría entrar a formar parte del universo de la imagen digital.

Esta visión del consumidor medio no ha pasado desapercibida por la industria de la fotografía, y quizás contando con que la mayoría de los usuarios aún mantienen una buena cantidad de dudas y carencias de criterio, desembarcan en el mercado una serie de productos etiquetados como digitales que buscan ampliar ratios de venta, cuando en realidad esos mismos elementos, por su propia naturaleza, no pueden ser específicamente digitales puesto que cumplen funciones absolutamente convencionales y que no tienen cabida dentro del concepto digital. Estos argumentos parecen encontrar soluciones a problemas inexistentes o dicho de otro modo se encuentran soluciones sin que hayan aparecido los problemas.

TRES BOTONES DE MUESTRA

Un paseo por las revistas especializadas nos ponen de manifiesto esta generación de productos digitales a través de la publicidad que invariablemente insertan entre sus páginas.

No citaré el nombre de las publicaciones por lo irrelevante del dato y que además no aporta ningún elemento de juicio crítico para el caso

que nos ocupa. Tampoco parece necesario la cita de las marcas anunciadas, puesto que prácticamente todas ellas utilizan la misma estrategia publicitaria.

El elemento más llamativo es quizás el objetivo. Siempre ha sido una de las partes a las que mayor mimo y cuidado le ha prestado el fotógrafo, tanto por su luminosidad como por su distancia focal que nos permite el encuadre deseado en cada toma.

Leemos una página de publicidad de un conocido fabricante:

GENERACIÓN DIGITAL (en gran titular)

Di Digitally Integrated Design

La serie Di de [...] (marca) es una nueva Generación (en mayúscula) de objetivos ultra compactos, que han sido especialmente desarrollados para las cámaras réflex digitales. Igualmente proporcionan sobresalientes imágenes con cámaras analógicas.

Hasta aquí el texto publicitario. Desde luego tras la lectura del mismo, resulta imposible deducir que es lo que aporta de más o de menos. Para colmo se nos anuncia que también sirven para las cámaras analógicas.

A continuación, información sobre sus características técnicas:

AF 180 mm / F3.5	Di 1:1 Macro
AF 28-75 mm / F2.8	Di Macro
AF 17-35 mm / F2.8-4	Di

Como se puede observar se trata de características normales en el ámbito de la fotografía tradicional. Salvo la denominación Di, nada tienen de más estos objetivos. Para abundar más, si nos fijamos en los valores de las distancias focales ofrecidas, éstas son más consecuentes con el fotograma tradicional del formato 35 mm (36 x 24 mm) que con las dimensiones de los sensores CCD que suelen equipar la mayoría de las cámaras réflex digitales, que suelen estar en torno a 23,7 x 15,6 mm, lo que hace que los encuadres sean más estrechos de lo que estamos habituados para las mismas distancias focales cuando se utiliza el formato de paso universal.

¿En dónde reside lo específico de lo digital? ¿En la corrección de aberraciones? ¿En el tratamiento superficial de las lentes? Si fuera así el fabricante no lo menciona, y no parece lógico que éste renuncie a darlo a conocer puesto que sería un excelente argumento de venta.

En este primer ejemplo ya vemos la utilización de la palabra digital de modo frecuente y un tanto confuso, por lo que induce a la duda por parte del usuario que es probable que se pregunte: ¿será absolutamente necesario equipar mi cámara con este tipo de objetivos para que funcione correctamente?, al fin y al cabo es digital y en algo tendrá que diferenciarse de los objetivos analógicos.

Ante esta duda, el fotógrafo formado en el terreno de la fotografía tradicional tiene elementos de juicio y criterio suficiente para pararse a reflexionar: ¿cuál es la función de un objetivo fotográfico?, y casi con seguridad debe de concluir que su misión es la de formar una imagen óptica controlada en tamaño, luminosidad y nitidez, y esto es totalmente independiente del tratamiento posterior que se le vaya a dar, tanto si es un tratamiento químico o electrónico.

Un segundo ejemplo muy abundante en las revistas especializadas es el relativo a los flashes, cuyos fabricantes también se han puesto al día en lo digital. Volviendo a leer textualmente el inserto publicitario podemos leer:

NUEVA Serie Monobloc (marca) Digital DX

Llamativo titular que ya nos remite a lo digital, para continuar diciendo:

La Serie [...] (marca) Digital DX ha sido diseñada y construida para el fotógrafo que necesite aumentar la precisión en su labor de iluminación. Ya sean los afinados ajustes de potencia para una toma de una transparencia crucial, o bien el refinamiento de la repetibilidad tan importante para las herramientas digitales de hoy, la serie Digital DX ofrece las más altas prestaciones a unos precios excepcionales.

Parece quedar bien claro que cumple con las exigencias de una cámara digital, y que seguramente otros *flashes* no alcanzan.

El anuncio acaba relacionando las prestaciones que hacen que el flash sea óptimo y casi necesario para ser utilizado con cámaras digitales:

La nueva gama Digital DX ofrece, entre otros (que no se mencionan), estos avances tecnológicos en iluminación:

- Ajustes de potencia con precisión y con una exactitud de $f/10$ stop
- Gama de control de potencia de seis $f/stops$, desde total hasta $1/32$
- Una enorme selección de reflectores y accesorios de control de luz
- Elección de tres diferentes niveles de potencia: 250, 500 y 1.000 w/s

Tras la lectura atenta de estas características nos podríamos preguntar: ¿pero es que las prestaciones ofrecidas no son igualmente deseables en el ámbito de la fotografía tradicional? ¿Es que una cámara digital no funciona correctamente sin una gama de control de seis $f/stops$? ¿O sin una enorme selección de reflectores?

No podemos ni debemos dudar, cuando sabemos que un *flash* no es otra cosa que un elemento capaz de emitir un flujo de luz controlado con mayor o menor precisión y sincronizado con un mecanismo de obturación, con la misión de iluminar el objeto fotografiado. No parece estar implicado más que en la formación de una imagen óptica, que como ya sabemos no pertenece al ámbito digital. Si no fuera así, ¿también necesitaríamos un Sol digital cuando fotografiamos a la luz del día?

Sin embargo, no podemos negarle a un *flash* el carácter de digital, si tenemos en cuenta que está constituido por una serie de circuitos electrónicos que deben de ser controlados por señales eléctricas para realizar su función, y es ahí en donde reside el verdadero carácter digital del aparato, pero esta cuestión no queda suficientemente clara a la vista del texto publicitario, que una vez más tiende a confundir o cuanto menos a crear dudas en el futuro comprador.

El tercer caso que cierra esta muestra es quizás el más burdo de todos ellos, y al que se la ha etiquetado digitalmente forzando al máximo esta denominación, y desde luego con ninguna posibilidad de jus-

tificación. Se trata de una rótula para trípode que el fabricante anuncia del siguiente modo:

RÓTULA (marca) 405 Pro Digital

Del titular ya nos parece irresistible su lectura y análisis por lo insólito y sorprendente de la denominación, y transcribo íntegramente el resto del texto:

La rótula de [...] (marca) 405 Pro Digital aúna precisión micrométrica y rapidez de movimientos panorámicos, frontales y laterales. La nueva rótula ha sido diseñada específicamente para satisfacer las necesidades de los fotógrafos profesionales. Con una capacidad de carga de casi 8 k Es la elección idónea para quienes trabajan con equipos de 35 mm o formato medio, incluidos respaldos digitales.

Creo que cualquier comentario al respecto de esta rótula digital es ocioso, puesto que en esta ocasión el elemento en cuestión, absolutamente mecánico, intenta beneficiarse de una denominación que no puede justificar de ningún modo.

¿CONCLUSIÓN?

Aún hace relativamente poco tiempo que hemos estrenado una gran herramienta, la fotografía digital, que casi ha colmado todas las aspiraciones operativas del fotógrafo, además con una rapidez y precisión como no imaginábamos antes de su aparición, y que además lejos de ser inalcanzable económicamente, se ha equiparado al sistema convencional, e incluso en algunos casos ha abaratado los costes de producción al cortar su independencia con la plata que en definitiva es un metal precioso y escaso. Y este cambio debe de ser bienvenido y aprovechado en beneficio del fotógrafo y del consumidor de fotografía.

El peligro que se corre, sin embargo, es el de perder la perspectiva próxima y global de lo que tenemos entre manos, para acabar de hacer un

acto de fe y de sumisión a un ente llamado digital como una especie de ser intangible y misterioso ante el cual no podemos plantearnos demasiadas preguntas cuyas respuestas rayarían en lo místico y metafísico.

Siempre he dicho en mi aula, que la tecnología digital no es muy difícil de entender, que lo verdaderamente difícil es creérselo. Entender que de un fenómeno físico, como es la imagen óptica, se pueden tomar 6 millones de muestras en una fracción de segundo, en sí mismo es fácil de entender puesto que al fin y al cabo tenemos claro el concepto de muestra y el de segundo. El desconcierto llega cuando nos preguntamos sobre el modo de conseguirlo, y esa respuesta solamente la puede dar la electrónica digital, de la que ya nos resulta difícil siquiera hacernos una ligera idea salvo que seamos especialistas formados en este campo de la tecnología. Por lo que no nos queda otro remedio que el acto de fe a la vista de que los resultados que se obtienen así lo confirman.

Con este escenario de facilidades y dificultades conviviendo en el mismo hecho, es fácil perderse debido a su complejidad, y es el entorno en el que fácilmente aparecen las dudas y los criterios confusos, sobre todo cuando aquellas partes del proceso no implicadas digitalmente no han sido aprendidas y asumidas suficientemente para que podamos separar con claridad que pertenece o no al misterio digital. Es necesario pues discriminar entre lo que podemos racionalizar y lo que está fuera de nuestras posibilidades cognitivas.

El término digital no debería hacernos perder de vista la integridad del proceso fotográfico. Se siguen utilizando una serie de principios y procesos que responden a lo digital y otros a lo analógico.

En primer lugar, está la formación de la imagen óptica, que es un proceso tradicional, con todos sus elementos ópticos y mecánicos que de momento no tiene visos de que se pueda sustituir por un proceso digital.

En segundo lugar, se encuentra la obtención de la imagen final, la obtención de un resultado visual bajo la forma de una copia o una imagen en pantalla de monitor, la cual debe de ser interpretada fisiológicamente a través de la vista, y que por lo tanto tampoco cabe dentro del ámbito digital.

¿Qué es, pues, lo digital en el universo de la fotografía?: toda la serie de procesos implicados en trasladar la imagen óptica instantánea y fugaz, en un soporte visible permanente y duradero. Durante este trayecto no existe imagen de ningún tipo, tan solo manipulamos información sobre la imagen captada, y dicha información no es nada sí misma. Valores numéricos en cantidades enormes que necesitan algo o alguien que los interprete, los reordene y les devuelva de nuevo su aspecto visual. Mientras tanto no son otra cosa que interminables listas de cifras, que para su mejor transporte y almacenamiento se expresan del modo matemático más simple posible, utilizando únicamente dos símbolos. Simple pero exageradamente extenso.

Por otro lado hay que tener claro el carácter discreto del sistema. La digitalización supone la adquisición de un número finito de muestras a partir de un modelo que por su carácter físico podría darnos un infinito número de muestras. Por lo tanto, por muy grande que sea el número de muestras obtenidas, siempre será ínfimo respecto al infinito número de las mismas que sería posible obtener a partir de una imagen óptica. Afortunadamente otra cuestión es que con el número de muestras que se obtienen se supere con creces la capacidad de discriminación visual humana. Y a efectos prácticos nos baste y nos sobre.

En definitiva, si tenemos claros los aspectos que pertenecen al mundo de la fotografía tradicional y podemos separarlos conceptualmente de los procesos digitales, despejaremos dudas y podremos utilizar una magnífica herramienta de creación sin el peligro de que algún fabricante espabilado nos venda la moto digital.